

«No existen pintores desinteresados»

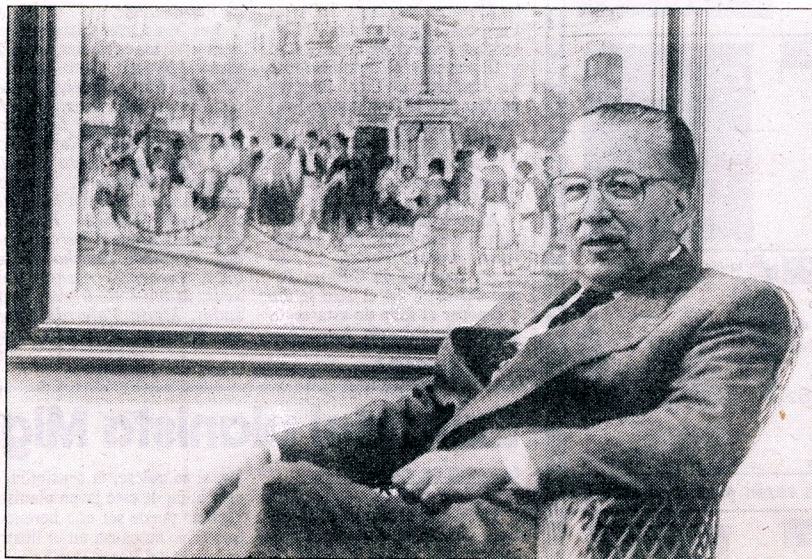
Muñoz Barberán presenta en Chys una selección de sus últimas obras

ANTONIO ARCO
MURCIA

Asegura: «Yo no soy un pintor monotemático». Y añade: «De mí no podrán decir que ya viene otra vez el pintor con el mismo mantel y la calabaza. Me gustan una serie de temas y los trato en mis cuadros. A unos les pueden agradar y a otros no, pero no voy a cambiar para así tener contentos a unos señores que se dedican a decir a los demás lo que deben y no deben hacer». Es la tradición llevada al óleo, el artista que no va de tal, el hombre que hace lo que le gusta y, además, vive de ello. Es también capaz de reconocerse como un pintor modesto, de confesar que hay cuadros (de los que vende) que pinta con más interés que otros, de decir claramente que su preocupación es venderlos, porque su profesión es la de pintor, y de defender frente a quien sea que pintar la realidad es tan difícil y meritorio, o más, que el abstracto. O sea: es Muñoz Barberán, que expone en Chys una selección de sus últimos trabajos hasta el 3 de noviembre.

Muñoz Barberán, para no conducir a engaños, aclara: «He cogido unos cuadros, los que a mí me gustaban más, les he puesto un marco y los he colgado». Por tanto, nada de recurrir a las reflexiones vitales y filosóficas para justificar la presentación de su obra. Más: «Unas veces las exposiciones salen más unidas, en cuanto a la temática, y otras menos. Las más siempre salen desunidas. Mis cuadros no tienen unidad ni en el tema ni en la manera de hacer, asunto que me es indiferente».

Máscaras de carnaval, aurores, huertanos en el Bando, paisajes, tamaños grandes, medianos, pequeños, más pasión, menos, hechos con más prisa, con



Muñoz Barberán, de nuevo en Chys.

QUIQUE MARTINEZ BUESO

menos, totalmente convencido, menos convencido y, siempre, consciente de sus posibilidades y del fin último de sus cuadros: «Venderlos. ¿Y para qué otra cosa los voy a hacer. No existen los pintores desinteresados, a no ser los millonarios. A todos nos gusta que se vendan nuestros cuadros cuando vivimos de ellos, igual que al poeta le gusta que se venda su poesía y al novelista sus novelas. Yo pinto para el público. El gran Durero tenía una tienda en la que vendía sus cuadros; era un comerciante».

«Que evolucionen los críticos»

El pintor, cuya propuesta diaria es la de «hacer cada día

cuadros mejores», tiene muy clara su postura frente a quienes critican a los pintores costumbristas acusándoles de no evolucionar: «Uno debe evolucionar si siente la necesidad de hacerlo, no porque se lo digan. Además, pintores geniales que hayan revolucionado la pintura, lo ya hecho por otros muchos, son muy pocos. Los que no somos genios, y el problema es que hay muchos que se creen que sí lo son, tenemos que limitarnos a ser unos modestos pintores que tratamos de mejorar cada día. Yo intento evolucionar hacia una perfección, pero no hacia el camino que otros marquen».

Premiado con la aceptación del público, Muñoz Barberán descarta que pintar la realidad

entrañe menos complicaciones o riesgos que el abstracto, como algunos afirman: «La realidad como tal no existe en los cuadros. Siempre hay una cierta exaltación de ella. No acepto como censura que se diga que la pintura costumbrista es más fácil, porque es tan fácil o tan difícil como puede ser la abstracta».

«¿Por qué a mí se me tiene que exigir que no me entienda la gente?», se pregunta el pintor. «Que evolucionen los críticos. Ellos sí que siguen escribiendo como se hacía en el siglo XIX». No pretende Muñoz Barberán, dice, que sus cuadros supongan una inversión para quien los compra, sino que «disfruten con ellos, que los usen, que los desganten».